

Lo que significas para mí

La de la noche del miércoles fue la cuarta de las manifestaciones. Barcelona ardía de madrugada y un fuerte viento azotaba las llamas llevándose consigo las consignas, los gritos y la rabia de los protestantes. Contenedores enteros se doblegaban ante el fuego, mientras el humo abominablemente negro que emanaba de ellos trepaba por los edificios contiguos: Como manos crueles, golpeaba contra los cristales de las casas en donde decenas de personas trataban de conciliar el sueño sin éxito. Aquellos pocos afortunados que lo conseguían a la mañana siguiente mirarían la suciedad que había quedado en los vidrios y dudarían de estar despiertos o seguir dentro la pesadilla que acababan de tener. Una pesadilla donde seres feroces de todos los colores arremetían contra sus hogares arañando demencialmente las paredes con garras hediondas y terribles. Entre los que decidían rendirse y vivir conscientes la pesadilla, estaba el vecino del quinto, el degano de la Facultad de Letras.

El letrado señor Ruiz, apoyado contra la barandilla, había salido al balcón con la excusa de fumar. Muy, muy quieto, paseaba la mirada por el revoltijo de puntos negros en que se habían convertido los manifestantes bajo sus pies. Dio una calada al cigarrillo y pensó que alborotados como estaban, parecían un enjambre de avispas enfurecidas a quien se les hubiera destrozado el nido. Acababan con todo. Aquella semana pasaría a la historia como una de las más trágicas, estaba convencido. La violencia se había convertido en el espectáculo perpetuo de sus ojos, pero también de los edificios, de los monumentos, hasta de los pobres turistas atemorizados. Las calles habían aceptado la invitación del caos a su reino y ahora, juntos bailaban un temible vals violento que arremetía contra la propia ciudad.

La colilla, medio consumida, voló por encima de la barandilla segundos después de que el señor Ruíz se enderezara. Con las manos en los bolsillos, se quedó de pie, sus ropas de pijama ondeaban al viento a la par con sus pensamientos. Hacía días que no salía de casa y los vecinos lo habían empezado a notar. Nadie lo conocía lo suficiente como para tener una opinión real del hombre, así que las habladurías se reducían a un chismorreo altamente creativo de su vida. A pesar de que eran variadas las teorías, todas coincidían en el hecho de que el señor Ruíz era un personaje extraño, casi misterioso. Aunque siempre sonreía al saludar, en seguida se deslizaba hacia su ático y cerraba con dos vueltas de llave. Él era consciente de los susurros de los vecinos, de su manía al entrar en casa, pero todavía más de la tristeza crónica que padecía y que algunos le habían diagnosticado asertivamente.

La melancolía que arrastraba su cuerpo nacía siempre en noches como esa, en las que sus ojos se convertían en rápidas cámaras de alta memoria que fotografiaban detalladamente cada instante. De hecho, el cuerpo entero se le transformaba; Los oídos se agudizaban, las manos buscaban el tacto de todo y el olfato recogía y clasificaba cada perfume, olor o pestilencia. Todo quedaba atesorado en el bloque de notas de la mente para que más tarde sirviera como guía para la crónica de ese día: “Madrugada del miércoles, arde de nuevo Urquinaona”. Ningún hecho parecía verdad hasta que no quedaba impreso en el diario del pensamiento del señor Ruíz. Pero nada había alcanzado desde hacía años el puesto de realidad. Jamás desde que había abandonado el periódico donde trabajaba.

Empezaba a recordar. Qué horror.

¡Cómo fue tan estúpido! El señor Ruiz notó como el frío le subía desde los pies descalzos hasta el cráneo, en un inquietante escalofrío. De tan solo recordar todo aquello que figuraba ahora en su mente como un grotesco desfile, se sentía enfermo y sus dientes buscaban desesperadamente las mejillas para morderlas. Le habían ofrecido el caramelo y él como un tonto lo había aceptado,

a sabiendas que tendría que renunciar a todo lo que tenía, pero sin ser consciente del valor que aquello poseía.

Mejor sueldo, mejor proyección de futuro, mejor posición social...Era cierto que lo había obtenido todo, pero también se había llevado un gusto a veneno que le tenía prisionera la boca desde entonces. Y ahora, ya no se reconocía ni a él mismo. Lejanas, empezaron a sonar las sirenas de la policía, y viendo de reojo las luces rojas y azules teñir las calles, el señor Ruiz entró de nuevo en el piso.

Tras cerrar, un silencio hostil le dio la bienvenida. De repente, se sentía extraño, plenamente consciente de un vacío inmenso. Desde las paredes decenas de personas atrapadas en preciosos marcos, le sonreían, sin que él les devolviera el gesto. Repasó la hilera de cuadros que decoraban su salón, y se acercó, con pies descalzos, al que tenía más cercano. Un chico de pelo rizado y cara radiante le miraba por encima del hombro delante de un gran edificio. Se acercó más, y su mente viajó furtiva al pasado.

Recordaba que, a sus veinte años, se le podría haber encontrado como la descripción gráfica del súper joven destinado a comerse el mundo. Sin embargo, ya desde pequeño los profesores habían alabado sus escritos por encima de los otros, y no solo por el vocabulario o la carencia de errores ortográficos; era por la característica armonía y musicalidad de sus palabras. El señor Ruíz, en ese entonces un niño, adoraba contarles historias a sus compañeros, a sus padres, a cualquiera que quisiera oírle. Y si estaba a solas, se los explicaba para él mismo. De manera que cuando decidió estudiar periodismo, su motivación era puramente vocacional. En la Universidad la historia con los docentes se repitió y pronto estuvo trabajando a tiempo parcial redactando para un semanal local.

De pronto, rememorando todo aquello, sintió un tirón en el ombligo, y por un momento creyó de verás que entraría dentro del cuadro. Pero se retiró, y se topó con el mismo muchacho, un poco más grande, sentado en los escalones de la Facultad tratando de alejarse del objetivo de la cámara.

En ese entonces, se encargaba de reportar pequeñas ocurrencias sin demasiada importancia, y siempre antes de salir de la editorial, miraba con ojitos de cordero al jefe con la esperanza de un ascenso. El hombre, con el lápiz rojo entre los dedos para corregir los artículos, alzaba una ceja inquisitiva sin siquiera levantar la cabeza hasta que el chico Ruíz desaparecía y el sonido de sus pensamientos y el traqueteo de las máquinas de imprimir era lo único que escuchaba. Hasta que finalmente, lo hizo, le dio la oportunidad de dar el salto. Ese día, cuando ya de noche, el muchacho se encaminaba hacia la puerta y oyó el carraspeo del hombre, se prometió que aceptaría sin dudar. Cursaba el tercer año de carrera, pero se las apañaría para encontrar tiempo. Y así lo hizo.

-¡Qué ingenuo! - se dijo en voz alta a él mismo, dejando la foto en su sitio. Una media sonrisa tiraba de sus labios. Se estaba emocionando, como un crío que imagina las cosas que podrá hacer cuando sea mayor. La diferencia era que él merodeaba el pasado... odiando el futuro.

Durante largo tiempo, allí donde había peligro, en los sitios y situaciones más inverosímiles, había aparecido él con una pequeña libretita en la mano, con una grabadora encendida en el bolsillo del pecho y con toda la fuerza esperanzadora de la juventud. Des del Barrio Chino hasta en Pedralbes, se presentaba con o sin ojeras, con exámenes o sin ellos; los hechos le llamaban. El engranaje de su mente funcionaba en el mismo momento que volvía hacia la editorial; cuando llegaba a su escritorio, la crónica prácticamente estaba terminada. El periodismo más que un trabajo se había convertido en una forma de ver la realidad. El periodismo era su forma de vivir.

Si alguien, esa noche le hubiera preguntado, el señor Ruíz hubiera dicho que aquellos de hecho, habían sido los mejores años de su vida. Aunque la mayoría de empleados del periódico eran mayores que él, se hizo amigos de unos pocos, y, después del trabajo, de vez en cuando, salía con

ellos por las noches a tomar algo en un bar cercano. Allí arreglaban el país a base de cerveza y con la ayuda de cualquiera que se quisiera unir. Fue así como, casi sin esperarlo, su mundo se expandió hasta límites insospechables. Con sus dotes, escuchaba cualquier historia que hubiera restado callada a la espera de un buen oyente porque disfrutaba aquello que escuchaba. Se le veía en la cara, en la insistencia de saber más. Casi se podían ver sus manos tanteando los bolsillos en busca del bolígrafo y el bloc de notas para apuntar. A la mañana siguiente, maldecía el despertador y el maléfico duende que le martilleaba la cabeza, conocido como resaca... Pero pronto llegaba al tranvía y desaparecía por entre el entretejido de los edificios en busca de nuevas noticias.

Se había convertido en un aventurero. Un intrépido aventurero sin miedos, que jugaba a los dados con el tiempo para cumplir con las misiones impuestas. Si el tranvía estaba parado, iba a pie. Aunque lloviera, salía a la calle. Hasta que no conseguía lo que quería no hacía el camino de vuelta a casa. Cuando se graduó el mundo se había transformado en una pequeña canica azul que hacía girar entre sus dedos. Todo estaba todavía por hacer. Su puesto de trabajo se consolidó, a la vez que los logros.

Cada vez era una figura más importante del diario. Sus escritos empezaban a trepar posiciones protagonizando de vez en cuando la portada. Se le conocía por la veracidad con la que contaba las noticias. Incluso su jefe, resignado a cualquier muestra de afecto, le pedía de más buenas maneras que siguiera escribiendo. Para el señor Ruiz eso era más que suficiente. Para entonces había alquilado un viejo ático con un gran ventanal desde donde se podía ver la Universidad de Letras; tenía un ingreso más que aceptable y sus padres habían conocido la "amiga" número tanto. Seguía ilusionado; en sus ojos seguía brillando el destello del niño que contaba las mejores historias de la clase.

-Y faltaban menos de diez meses para que tomara la que iba a ser la peor de sus decisiones - murmuró en medio de la oscuridad sintiendo los ruidos de fuera como un ejército de tambores de guerra.

Era la tarde de su treinta y cinco cumpleaños. Había decidido organizar una pequeña cena de celebración con los padres en su piso, y sentados todavía alrededor de la mesa, recordaban viejas hazañas. Como un regalo más de la lista, una llamada inesperada llenó el salón. El señor Ruiz se levantó para contestar, mientras a sus espaldas los padres se destornillaban de risa tras un chiste de críos.

- ¿Diego? -espetó el teléfono cuando lo descolgó.

El hombre asintió tratando de alejarse del comedor para poder escuchar mejor la que creía era la voz de uno de sus compañeros.

-El señor Sintés se ha jubilado. Sí, sí, como lo oyes: Sin dar más explicaciones que una simple nota ha cogido sus cosas y se ha ido. Albert ya decía que estaba un poco raro, pero... -hizo una pausa-. Pero lo importante es que ahora no tenemos jefe.

El señor Ruiz tragó saliva sin comprender.

-Lo hemos hablado con los chicos, y por derecho y porque creemos que es lo mejor para el periódico, queremos que seas tu el nuevo director.

La canica azul se hizo todavía más pequeña en las manos del señor Ruiz. Casi podía escuchar una profecía con su nombre como una larga letanía que susurraba: "No podía ser de otra manera". Dejó el teléfono en su sitio. Parpadeó y en la mano ya no tenía el auricular negro, sino la mano fuerte de su madre. La mujer le agarraba con fuerza la suya entre sollozos de orgullo; El padre le cogía del brazo felicitándolo.

El chico Ruiz, se había convertido en el señor Ruiz, director jefe del periódico. Ya no utilizaba el bolígrafo azul ni un cuadernillo, sino el lápiz rojo y los redactados de aquellos que, de ahora en adelante, trabajarían para él. Pudo al fin canalizar las ansias que siempre le habían comido por dentro al leer las noticias de sus compañeros llenas de lo que a él le parecían faltas de ingenio. Aunque le dolían las caras que esperaban detrás de la puerta del despacho su aprobación, era satisfactorio poder poner un poco de él en todas partes. Prácticamente no salía a la calle, pero con su nuevo trabajo, el de corrector, viajaba por la ciudad con un tren de alta velocidad de tinta y papel. Incluso eso, pensó, lo echaba de menos.

Al principio había sido tarea fácil. Incluso divertida. Luego, a la acolchada butaca reclinable le salieron dientes agudos y una lengua vivipara que escupía ácido; la habitación se convirtió en un congelador donde el frío en lugar de prevenir la putrefacción de los alimentos, frenaba cualquier proceso creativo de su mente. Por más que lo intentaba, todo terminaba en bolitas de papel atrapadas en la papelera. La ventana era el cuadrado mal cortado con barrotes del preso que espera con una abominable cadena perpetua.

De todos sus vicios escribir era el único que le mantenía con salud y se lo había prácticamente negado.

No podía estarse quieto. Cualquier motivo era una excusa perfecta para levantarse y salir de ese sitio. Afuera, pensaba a menudo, está la magia. Allí volverás a ser el intrépido aventurero. Sí. Salvo porque nada cambiaba cuando volvía mañana tras mañana a la editorial.. Los empleados seguían portándose bien con él, pero como más grande se hacía, más distancia ponían. Una tristeza tonta crecía como una planta trepadora apoderándose de las paredes. Los que habían sido sus amigos fueron desapareciendo lentamente.

Algunos, ya viejos, decidieron empezar a retirarse; otros abandonaron el puesto en busca de ofertas mejores. Aunque no les guardaba ningún tipo de rencor, se sentía desamparado, pesaroso ante la repentina conciencia del paso del tiempo. Así como se sentía en ese mismo instante.

Rodeó la mesita frente al sofá y se dirigió al estante de libros para ver mejor la foto familiar que allí había. Conmovido, la cogió con las dos manos.

En algún momento, empezó a ir a visitar una vez por semana a sus padres. Charlaban de todo, y organizaban escapadas con el coche por el país, y entonces, todo estaba bien. No obstante, el frío incorpóreo del despacho lo envolvía cuando volvía, garabateando una gran y desagradable nada en su destrozada cabeza. Como un abrigo, empezó a llevarlo puesto hasta casa, donde cada viernes, en contraste, pedía una pizza como recompensa por el trabajo hecho. Esos pequeños detalles siempre le alegraban un poco los días. Incluido ese dantesco miércoles.

“Escribes como si hubieras vivido aquello que narras, como si hubieras estado allí realmente. Casi te puedo imaginar de pie en medio de la Luna con tu deslumbrante traje de astronauta observando la Tierra, listo para volver. Eres impresionante, Diego.”

Una gruesa línea se le formó entre las cejas. ¿De quién era esa voz y de qué texto hablaba? Esforzándose, trató de hacer memoria. Un relato de ficción. Una revista que se lo compró...De Marina. Claro. Su exmujer siempre había admirado su habilidad para escribir. Y eso que leía todo lo que caía en sus manos, y tenía un paladar más que educado. Oh, le encantaba esa fascinación que tenía guardada para él. Se habían conocido en el último año de carrera y decidieron casarse poco más tarde que él aceptara el puesto de director. Hasta el día del divorcio (“el amor no dura para siempre”, fue lo que ella le dijo) había sido su mayor fuente de inspiración, su musa particular. Cómo la había querido... y cómo la quería.

-“*Quan la derrota és segura uns dissimulen, uns capitulen i jo competeixo*”- tarareó en un suspiro.

De ella, solo conservaba una imagen. Una de sus vacaciones de Luna de Miel. Algún día tendría que quitarla. Se seguían viendo, y cada vez que ella venía a su casa y giraba la cabeza y reparaba en la foto le entraban unas repentinas ganas de marchar. Él la dejaba, por supuesto. Pero después le entraban ganas de llorar, mientras, en el balcón, la observaba cruzar la carretera de delante, esquivando coches, tranvías y viandantes hasta el horizonte esperanzador del futuro que él, ya hacía tiempo, no conocía.

La separación había sido un punto de inflexión en su vida. Decidió dejar el diario para terminar con esa gran nada que alojaba en su interior: “Para dejarse caer, para creer que todavía sabía un poco de escribir, para demostrarse a él mismo que sus anhelos de adolescente no habían muerto”, les explicó a sus padres por teléfono. La frase la había sacado de un libro, pero su lectura fue como escuchar buena música en el momento preciso. Ya no tenía trabajo, les comentó, pero quería ponerse a estudiar. Profesor, les dijo, quería ser profesor en la Universidad de Letras. Estaba cerca de casa, seguía teniendo algunos contactos...

-Y allí es donde la vida empieza de verdad.

Tardó, pero poco a poco, tuvo los estudios terminados, gente a quien conocer y un brillo tenue en los ojos siempre al mirar por el gran ventanal hacia el edificio de la facultad. Luego, obtuvo plaza para dar clase. Quizá su creatividad no había regresado todavía, pero, se decía, era cuestión de tiempo. No solo él, sino el mundo entero parecía haber rejuvenecido. De vez en cuando, se plantaba frente al ordenador, y tacleaba sin demasiado éxito hasta que le dolían las sienes de tanto exprimirse la cabeza. Lo hacía esporádicamente al terminar de preparar las clases para el día siguiente, y eso, es exactamente lo que había estado haciendo, antes de que empezara la manifestación.

Había creído estar satisfecho consigo mismo, y con la vida que llevaba.

Más tarde, con cincuenta ya cumplidos, sus compañeros empezaron a rondarle con la palabra degano en la boca. Se lo estuvo pensando largo y tendido... pero aceptó. Hizo lo necesario y se convirtió en lo que era hoy en día: el letrado señor Ruiz. Estaba orgulloso de cómo había recorrido el camino, pero no de haber elegido ese sendero. Ahora que caminaba repasando los pedacitos de su persona colgados en las paredes, veía que, sin darse cuenta, había dejado en el tintero todo lo que algún día prometió. Ya no se sentía tan a gusto con él. No era un sentimiento nuevo, le pasaba siempre al oír, las noticias y quejarse de lo mal redactadas que estaban, de que él lo hacía mejor. Se corregía, lo habías hecho mejor, y entonces, todo se hacía bola. Había dejado correr la vida, y por querer tenerlo todo, no había obtenido nada. Nada más que vacío.

Al dirigirse al siguiente cuadro, vio el rostro de un hombre apagado, con las arrugas de quien ha reído, pero también sufrido mucho. Tenía los ojos de un anciano que, contando batallitas, entenece por su amor obsesivo por el pasado, pero que a la vez da un poco de pena. Se preguntó por qué tendría una foto tan triste de su padre, y cuando la quiso descolgar se dio cuenta de que era un espejo. Se le escapó una risa nerviosa y se notó cansado de repente. Sería mejor acostarse, pensó, y mañana ya será otro día.

Afuera se había abierto la luz de la escalera. Una cuchilla dorada se deslizó por debajo de la puerta, alumbrando la entrada del piso. El señor Ruiz, se tumbó lentamente en el sofá, cerrando lentamente los ojos, ignorando el movimiento frenético que se estaba produciendo detrás de su puerta. Alguien, desesperado, estaba llamando reiterativamente a todas las casas. Nadie contestaba. El sueño empezó a hechizar el cuerpo del señor Ruiz. Puños gigantes como los de los dibujos de la tele, golpeaban en la oscuridad turbulenta de los territorios de Morfeo. Y de repente cayeron a la realidad.

Estaban pidiendo entrar. ¿Quién a estas horas? No quería levantarse, ni siquiera moverse. Pero eran insistentes. Irritantemente decididos. Respiró ruidosamente y se enderezó.

Quizá si hubiera echado un vistazo por la mirilla, el señor Ruiz jamás hubiera abierto la puerta. Pero no lo hizo; giró la llave, y en la que sus ojos trataban de acostumbrarse al inesperado baño de luz, una figura deforme, similar a un monstruo de tres cabezas, cayó a sus pies. La puerta se cerró y la penumbra volvió a apoderarse de la estancia.

- ¿Se ha hecho daño? Agárralo de ahí. ¿Se ha abierto la herida? No puedo cogerle de la mano... Está consciente; dime que está consciente.

- ¡No lo sé!

Sobre el estruendo de la protesta callejera, se escuchó el rozar de la ropa, un gruñido apagado y pasos torpes. Arrastraban a alguien por el suelo pasillo a dentro. Atónito, el señor Ruiz fue recuperando lentamente la vista. Los recuerdos se habían disuelto en una masa pegajosa, como un manojo de papeles húmedos. Y allí estaba. Una pincelada de sangre en medio de su comedor. De pronto, un recuadro perfecto de luz apareció en el pasillo oscuro. Dos sombras desiguales se dibujaron en la pared. Por un momento le pareció que llevaban un gran saco entre las dos. De puntillas, fue avanzado por el corredor.

Las sombras habían abierto el armario del lavabo y tirado gran parte de su contenido. La toalla de manos estaba en el suelo, junto a las aspirinas. A medida que se acercaba, un olor penetrante empezó a inundarle las fosas nasales. Los ojos le empezaron a escocer. Aceleró el paso.

Un cachito de la manifestación se había colado en su casa. Sobre los azulejos del baño un muchacho inconsciente respiraba con dificultad mientras otro, en cuclillas a su lado, hacía presión con las dos manos sobre el hombro del chico. Los dos llevaban las ropas hechas harapos, llenas de agujeros, quemaduras y extrañas manchas de color amarillo y carmesí. El señor Ruiz, que había entrado tan silenciosamente en el cuarto que nadie lo había notado, oyó ruido a sus espaldas y se giró para encontrarse a una joven rebuscando en su armario. Cuando ella lo vio se puso a chillar.

- ¡Por favor, por favor, por favor! Necesitamos alcohol. Y gasas. Muchas gasas o cualquier cosa que sirva para taponar heridas. Esta perdiendo mucha sangre. -la chica le agarró las manos. El señor Ruiz podía notar la mirada del otro muchacho clavada en la nuca. - ¡Ayúdenos!

Obedeció. Había una herida que taponar. Tenía que correr. Los tres colocaron al chico herido en la bañera. Voló su camisa. Mientras encendía el grifo para lavarle el cuerpo de toda la suciedad, el señor Ruiz contempló anonadado los cardenales dispuestos por todo el tronco. Y sobre todo, el gran corte vertical que cruzaba como una toga romana el hombro del chico.

-Han sido los otros. Sabían que iba a haber manifestación y vinieron a buscarnos... y estaban armados. Llevaban bates, bombas fétidas; algunos iban borrachísimos... y la policía no los podía parar... ni a nosotros tampoco... -iba diciendo la chica.

Con varias gasas apretadas con cinta aislante, consiguieron taponar la herida. Mientras lo hacían los dos chicos seguían hablando de la protesta, que más que una reivindicación, había acabado en lucha. El señor Ruiz preguntaba, escuchaba y volvía a preguntar. Extrañamente no notaba el caramelo amargo en la boca, solo su cuerpo lleno de algo inefable. No quería cuestionarse a él mismo, deseaba oír aquello que tenían que contar.

...y fui corriendo a buscarle, pero no estaba donde la última vez que lo había visto. No había nadie allí excepto una cerveza rota. Sería con la que le dieron la paliza... querían matarlo....

-Un momento -interrumpió el señor Ruiz de repente. La razón había embestido contra su osadía. ¿Por qué no lo llevasteis al hospital?

Los dos chicos cruzaron miradas, temerosos, como si fueran a soltar una bomba de gran metralla.

-Porque lo quieren detener.

Silencio. El señor Ruiz terminó de envolverle el brazo a ese muchacho que le estaba llenando la bañera de sangre y pintura amarilla y se quedó contemplando su rostro. Calló, cediendo a lo que fuera que pensarán de él. Al fin lo entendía. Temblaba de la emoción y pretendía que no lo notaran. En su mente afloró un pensamiento, estúpido, simple y burlón. Pero lo hizo sonreír. Aunque se alejara del periodismo, siempre regresaría a él. Si no era él quien fuera a su captura, los hechos le buscarían a él. Barcelona, sus infinitas vicisitudes, gritarían hasta encontrarle. Tenía una deuda con ellas, darles cobijo en las letras. Alzarlas a la categoría que merecían; que fueran leídas, conocidas. Al fin lo entendía. Su don tenía responsabilidad.

Mirando todavía al muchacho, pero consciente de a quién se dirigía realmente, pronunció:

-Puedes quedarte en mi casa. Adelante. -y lo que añadió después, lo dijo tan bajito que no se oyó más que un susurro-. Siempre debería haberte guardado un hueco. Te necesito. Eres mi forma de vivir. Te he echado de menos. Permíteme volver a tu lado. Porque te quiero. Y me quiero.